

*CUANDO ALICE SE SUBIÓ
A LA MESA*

Jonathan Lethem



La física Alice Coombs abandona a su novio, el antropólogo Philip Engstrand, porque se ha enamorado de uno de sus experimentos: Ausencia, un agujero de gusano, una puerta a otro universo que tiene personalidad propia puesto que discrimina a la hora de absorber cosas y cuyo rasgo más destacable, el que lo convierte en un amante perfecto, es no ser nada.

Pero ¿qué conduce a Alice a dejarlo todo, fascinada por algo inexistente? ¿Es Ausencia el reflejo de sí misma, un lugar donde inscribir sus deseos y caprichos? Además, Ausencia no es el único causante de que el mundo de Alice se tambalee. Al agujero de gusano le acompañan una serie de personajes de corte cómico que pueblan el campus universitario, como Evan y Garth, dos ciegos que poseen la habilidad de ver de un modo no convencional; o Cynthia Jalter, analista que intenta seducir a Philip a través de una terapia; o Carmo Braxia, físico italiano con una profunda aversión por el vino americano.

En esta novela vanguardista, cruce de comedia romántica y crítica social, Lethem utiliza a Ausencia para explicarnos el mundo, aclarando cuáles son las cosas que verdaderamente existen e importan y cuáles no.

«Además de ser uno de los escritores más ingeniosos del planeta, Lethem es también uno de los más divertidos».

San Francisco Chronicle

A Shelley Jackson

1

Sabía cómo llegar hasta Alice. Sabía dónde encontrarla. Aquella noche atravesé el campus trazando un plan de amor en la cabeza, un mapa de su cuerpo que seguiría más tarde, cuando estuviésemos de vuelta en nuestro apartamento. No faltaba mucho. Alice estaba trabajando horas extra con él acelerador de partículas, estudiando cuerpos diminutos, empujándolos a colisiones de fuerza inusitada y catalogando los resultados. Sabía que la encontraría allí. Veía el vaivén del ciclotrón sobre la frondosa colina bañada por el sol mientras caminaba por el sendero que llevaba hasta la recóndita entrada. Llegaría en cuestión de minutos.

A diferencia de la de los físicos, mi jornada laboral había terminado. Mi departamento no podía fingir que se encontraba al borde de un descubrimiento que haría historia. Al caer la tarde liberábamos a nuestros estudiantes de posgrado para dispersarlos por cines, boleras, pizzerías. ¿Para qué correr? Estábamos estudiando fenómenos locales, asuntos recientes. Los físicos estudiaban el comienzo y, por tanto, se apresuraban a describir o provocar el final.

Mientras, avanzaba en pos de Alice con el corazón contento, atajando por el césped, saltándome la red de aceras pavimentadas. Estaba en órbita alrededor de Alice. Era una partícula gaseosa giratoria. Quería penetrar su campo, verme atrapado en su mirada científica. Sus ojos paradigmáticos.

El supercolisionador se desperezaba como un brazo cansado sobre las colinas blancas y negras del campus. El viejo ciclotrón de la cima parecía una colmena. El complejo

crecía, experimento tras costoso experimento, cual monstruo de Frankenstein arquitectónico dedicado a aplastar al espíritu humano. Pero a medida que me acercaba a la entrada, a las puertas dobles de plexiglás rayado, iba sintiéndome más inmune. Sabía qué se escondía en el corazón del desalmado laberinto. Ninguna inmensidad era lo bastante grande para eclipsarme.

Así que entré. La instalación estaba construida con anodinos bloques de cemento, como para negar la hiperactiva inestabilidad del mundo atómico. Las paredes aparecían perforadas al azar por tuberías y cables eléctricos pintados de gris para hacer juego con el cemento. El suelo vibraba levemente. La instalación podría haber sido un gran sistema de ventilación y yo una manchita o una mota. Pero yo tenía un objetivo. Caminé impertérrito.

Sin embargo, el ala de Alice estaba vacía. Alice se había marchado, al igual que sus estudiantes y colegas. Vagué por las lúgubres salas de cemento rodeado por el eco de mis pasos, buscándola en los laboratorios adyacentes. Estaban vacíos. Comprobé la sala de observación del tanque de muón. Vacío. El centro informático. Nunca había visto el centro informático vacío, sin ni siquiera un triste supersimetrista enfrascado en sus acontecimientos subatómicos de alta resolución, pero ahora estaba vacío. Eché un vistazo a la sala de control de rayos, pero las puertas estaban cerradas con llave.

Estaba solo. Solamente las partículas y yo. Las imaginaba descansando tras una extenuante carrera a través del supercolisionador, flotando inmóviles en el silencio bajo cero, en un estado de calma no existencial. El zumbido en mis oídos no venía de las partículas, por supuesto, pero podría haberse tratado del temor que despertaban en, mí. Me largué de allí.

En la curva del pasillo me encontré con otro fantasma, otra partícula humana rondando el ala abandonada. Un estudiante con la sudadera a medio poner, apresurándose ha-

cia la salida. Al oír mis pasos asomó la cabeza por él cuello de la camisa.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

—Se trata del profesor Soft. Ha conseguido abrir un universo Farhi-Guth. —Estaba tan impaciente por evitarme que balbuceaba.

—¿Dónde?

Señaló la dirección.

—¿Por qué te vas?

—Soft quiere metraje, un documento, para inmortalizar el momento. Voy a buscar una videocámara. Planos de la reacción, edición en la propia cámara.

—Buena suerte.

Se marchó a toda prisa.

Me dirigí al ascensor. Estaba al corriente del experimento de Soft, de su burbuja. Era el tema de muchas discusiones veladas y reverentes en la facultad. Sabía que debía sentir el aliento de la historia en la nuca mientras me lanzaba hacia las profundidades del complejo, al laboratorio donde se criaba la falsa burbuja de vacío bajo la firme dirección de Soft. El profesor Soft y su equipo estaban comprimiendo materia en un intento de crear un universo nuevo.

El departamento de física, Alice incluida, estaba especializado en la búsqueda de la nada diminuta. Soft era lo suficientemente audaz como para perseguir una gran nada. Si su trabajo tenía éxito, la burbuja hinchable se separaría y crecería hasta convertirse en un universo tangencial al nuestro. Otro mundo. Sería imposible de detectar, pero igualmente real. Soft trataba sencillamente de reproducir el big bang.

La multitud congregada en la sala de observación del laboratorio del espacio de Cauchy no advirtió mi presencia. Estaban todos: los estudiantes que manejaban el rayo, el personal del laboratorio del muón, los supersimetrías, Alice y sus estudiantes. Se apiñaban en un sobrecogimiento

colectivo ante una pantalla con la imagen pixelada de la falsa burbuja de vacío de Soft.

Soft señalaba perezosamente la radiante masa de la pantalla con un puntero de madera. Sus estudiantes de posgrado estaban de pie a su lado. Soft reprimía el orgullo, pero los estudiantes lo mostraban efusivamente en su nombre. La muchedumbre de caras vueltas hacia arriba resplandecía con la luz de la brillante nada de la pantalla.

—Tuvimos que crear una geometría de burbuja que incorporase simetría esférica explicó Soft.

Se hizo el silencio. Miramos la reluciente pantalla. Estaban ponderando las palabras de Soft. Yo también, más o menos.

—Para poder adherir el espacio de Schwarzschild al espacio de De Sitter —continuó Soft— tuvimos que desarrollar un par de superficies antiagarre, en un entorno asintóticamente minkowskiano.

Un coro de murmullos aplaudió la sabiduría del enfoque. Amén, pensé.

—La clave fue el valor de expectativas cuánticas del tensor energía-momento.

Me abrí paso sin ser visto entre la multitud hipnotizada, buscando a Alice. Alice miraba la pantalla con los pies un poco separados, la cabeza ligeramente echada hacia atrás y el pelo suelto. Me acerqué por detrás y susurré su nombre (ya era un susurro de por sí, «Alice») y la abracé. Encajé mis rodillas tras las suyas, sus codos dentro de los míos y acuné sus brazos Cruzados y, dentro de estos, sus pechos.

—Te huelo dije en voz baja.

Estaba distraída, era parte del público del acontecimiento burbuja, no mía.

—Siento una singularidad inicial —susurré— presionada contra tu simetría esférica.

Nada. Estaba sorda para mí.

—Quiero adherir mi espacio de Schwarzschild a tu espacio de De Sitter —dije.

Sin respuesta.

—Haremos un bebé Schwarz.

Nada.

Nada. Alzamos la mirada juntos, con todos los demás, hacia la maravillosa nada convocada por Soft. La falsa región de vacío.

—Alice.

—Tiene que desprenderse la burbuja —dijo Alice sin apartar la vista de la pantalla.

El estudiante que me había encontrado en el pasillo volvió con un equipo de vídeo y se instaló para grabar el gran momento. Me imaginé gente aplaudiendo, dándose la mano, una habitación llena de físicos amontonados como un equipo de béisbol victorioso.

Pero aún no. El ambiente de anticipación que había en la habitación era increíble. Alice, en mis brazos, estaba prácticamente fundida en él. Sentía cómo mi plan de amor se desvanecía. Borré mi mapa de la tarde a lo largo de su cuerpo, lo primero era hacer historia en la física. La falsa burbuja tenía que desprenderse.

Fue entonces, allí, en el corazón oscuro del complejo de física, cuando noté las primeras punzadas de la pérdida que se avecinaba.

Mi corazón, por decirlo de manera más simple, sintió nostalgia del presente. Siempre es mala señal.

La falsa burbuja de vacío no se desprendía. A las once y media, el servicio de reparto de comida trajo pan, atún, ensalada de huevo, leche y papel parafinado, un picnic de medianoche en el bochornoso corazón del edificio. Nadie se marchó. Nadie se cansó de esperar. La falsa burbuja de vacío no se desprendía. Los físicos pululaban en grupos nerviosos, expresando una solidaridad que en aquel centro tan frío se antojaba demasiado débil. A las dos, los guardias de seguridad repartieron catres enclenques, almohadas y sábanas de algodón para víctimas de terremotos y re-

pusieron los rollos de papel higiénico de los lavabos. Nadie durmió.

La falsa burbuja no se desprendía.

2

Mi tesis, presentada hacía cinco años, versaba sobre «La teoría como forma de neurosis en el científico profesional». Gracias a ella gané un puesto de profesor adjunto en el departamento de antropología de la Universidad de California del Norte en Beauchamp (pronunciado «bichom»). El septiembre de mi llegada fue mi primera visita a California, sin contar la entrevista de trabajo.

Al principio mi actitud era terrible. No me encontraba cómodo aplicando las ciencias sociales, esos espejos de caseta de feria, en gente real enfrascada en perseguir metas reales. Me parecía presuntuoso e injusto. Me lo tomé con ironía. Mis clases se resintieron y el departamento criticó severamente mi trabajo.

Después descubrí mi oportunidad, como si robara una carta nueva. Las críticas me dieron la clave. No tenía que seguir buscando el trabajo de mi vida. Estudiaría los entornos académicos, las políticas de departamento y las riñas territoriales, las zonas donde las disciplinas se superponían, se retroalimentaban e interferían unas con otras. Cual parapsicólogo, tendía trampas a los planes de estudio fantasma que vivían una existencia incierta en el vacío que quedaba entre los planes de estudio reales. Aplicaba teorías de la información a los folletos académicos, las listas de lecturas, los menús del servicio de comidas.

Mi nuevo trabajo resultaba irrelevante y difícil de digerir. Solo aparecía traducido, en la publicación *Veroffentlichen Sonst Umkommen*, en artículos cargados de notas al pie, áridos e ilegibles como un puñado de arena fina. Mi apodo

en el departamento era el Decano Interdisciplinar. Interdecano, para abreviar. Conseguí un apartamento en el campus y había días en que no salía de la apacible milla cuadrada que englobaba los edificios donde enseñaba, me alimentaba de comida de refectorio y leía avisos del profesorado colgados en tabloneros de anuncios destrozados y llenos de chinchetas.

Fue algún proyecto interdisciplinario lo que me condujo por primera vez a los gigantescos e intimidatorios edificios que constituían el departamento de física y me llevó a lidiar con las gigantescas e intimidatorias teorías de la física moderna. Incluso para el Interdecano, el terreno se presentaba escabroso. Mi recompensa consistió en descubrir dentro de las teorías y los edificios, escondida como una perla en una ostra, a la nueva profesora adjunta especializada en física de partículas, Alice Coombs.

Yo no paraba de inventar preguntas estúpidas excusas para visitar el colisionador donde Alice hacía correr a sus partículas como galgos campeones. Aún tardé varias semanas en reunir el valor necesario para invitarla a salir. Sugerí dar un paseo por las colinas con vistas al ciclotrón. Creo que era la primera vez que salía del campus en un mes. Recuerdo a Alice con las manos en los bolsillos de su bata de laboratorio, caminando con cuidado entre las raíces que sobresalían del camino. El cielo era un dramático paisaje nebuloso inclinado. Como si las nubes huyesen hacia las estrellas. Beauchamp, a nuestros pies, parecía una ciudad de juguete. Recuerdo que pensé: No me gusta el pelo rubio. Pero me gustaba el de Alice. Era un idiota. Sin aliento por la subida, nos tropezamos en el camino y la olí. Si las aceitunas fuesen dulces... así olería Alice.

—Tiene gracia...

—Me recuerdas a...

—Apenas nos...

Era inútil tratar de hablar. Sonreíamos avergonzados, mientras nuestras palabras sé derramaban como platos de

salsa barbacoa sobre un vestido blanco en un anuncio de detergente, un cómico desastre a cámara lenta.

Solo podía besarla. Funcionó. Volví a oler la dulzura de aceitunas.

Alice Coombs y yo aprendimos pronto a hacer muchas cosas juntos, incluido hablar. Podíamos incluso bromear. Discutir, si era preciso. Pero convertimos en un pequeño culto dejar cosas sin decir. De algún modo, aprendíamos más el uno del otro si manteníamos la boca cerrada, nos conocíamos mejor.

Al menos eso pensábamos.

Fue en el silencio donde se perdió la idea de pedirle a Alice qué se casase conmigo, varada eternamente en la punta de la lengua. Resultaba demasiado obvio y burdo. Demasiado institucional. Ya llevábamos viviendo juntos casi un año, la antropología con la física. La mayoría de las noches yo preparaba la cena. Alice trabajaba hasta tarde.

3

Me desperté atenazado por un sueño aterrador en el que aparecían salvajes, nubes de polvo y mi contestador automático. En realidad estaba en un catre en el recodo del pasillo frente al laboratorio del espacio de Gauchy. Solo. Volver en sí en las entrañas del gélido y ronroneante complejo resultó aún más extraño que el sueño, y peor. Fue como si hubiera estado durmiendo al cobijo de un trasatlántico hundido.

Me había dormido a las cuatro de la madrugada. El universo inflacionario del profesor Soft había continuado negándose perversamente a actuar. La burbuja no se desprendía. Me había aburrido de esperar y me había metido en uno de los catres. Oí la voz de Alice en la sala de observación.

Entré. El suelo del laboratorio estaba cubierto de papel parafinado, vasos vacíos y listados arrugados. La mayor parte de los físicos se había acurrucado en los catres o se había marchado a casa. Solo quedaban unos pocos, que seguían esperando con la mirada cansada. Soft tomaba notas en su mesa de trabajo portátil. Su becario seguía a su lado. Los píxeles oscilaban serenamente sobre sus cabezas. Alice permanecía de pie donde la había dejado. ¿Cuánto tiempo me había dormido?

La cogí de la mano.

—¿Qué hora es? —susurré.

—Aquí son las ocho y media —contestó—. Dentro del espacio de Cauchy siguen siendo las seis de ayer. El tiempo se ha colapsado en torno al evento burbuja.

—¿En serio?

—El agujero de gusano se ha dilatado.

—Eso es bueno.

Alice negó con la cabeza sin apartar la vista de la pantalla.

—Parece bueno, pero en realidad no lo es. Puede que la burbuja se haya desprendido de acuerdo con lo previsto. Pero no debería haber ningún aneurisma.

—¿Una herida?

—Un agujero.

—¿Qué significa?

Alice sacudió la cabeza.

—¿Soft está muy preocupado?

—Mira a su becario.

Miré. Era cierto. Soft era un ejemplo de entereza, pero su becario estaba hecho un desastre, con el pelo apelmazado por el sudor nervioso y los ojos lagrimeantes. Levanté la vista hacia la pantalla e intenté distinguir el aneurisma. No veía nada. Mi físico interior era ciego, estaba atrofiado.

Sostuve la mano fría de Alice y la miré observar la pantalla. Alice seguía sin poder desperdiciar una mirada en mí, no podía desconectarse de aquel experimento de un aburrimiento imposible.

—Alice. —Le apreté la mano.

Se volvió y me besó. Fue un beso pequeño y comedido que se posó en el borde de mis labios.

Apoyé los pulgares bajo sus ojos, donde la carne se veía gris y tierna, y la besé de nuevo.

—Tienes clase —me dijo.

—Tenemos tiempo de desayunar.

Miró la pantalla y luego bajó la vista al suelo. Resultaba evidente que no quería hablar allí.

—Tengo que quedarme.

—¿Es importante?

—Mucho.

Sonreí, pero no estaba contento. Yo quería que fuese Philip el que apareciese en la pantalla de Alice.

En el rincón, varios físicos se habían reunido alrededor de la mesa de Soft bebiendo de sus educaciones murmuradas como animales en un agujero del desierto. Alice vio que les miraba y se volvió. Obviamente, quería unirse al grupo.

Puse las manos en su pelo y giré su cabeza hacia la mía con dulzura.

—Te llamaré cuando hayas acabado la clase —susurró.

—Vale.

—Quiero verte.

—Lo sé.

—Pero tengo que presenciar esto. Soy así. Me gusta estar en primera línea de fuego.

—En el horizonte de lo real —musité.

Alice y yo éramos del mismo tamaño. Desplazábamos la misma cantidad de aire. Pero cuando nos abrazábamos se volvía escurridiza y fugaz, como una rémora. Cuando la estrechaba me imaginaba que si estiraba el cuello podía besarle la nuca o rodearla del todo, hasta tocarme los hombros con las manos.

—Vale —dije—. Llámame después de clase.

—¿Estarás en el apartamento?

Asentí.

—Estaré descongelando algo.

—Te llamaré.

—Con las últimas noticias sobre la burbuja. De veras, me interesa.

Nos separamos. Alice se unió al grupo que se apiñaba alrededor de la mesa de Soft. Sentí celos, pero no pude atribuirlos a nada concreto. Se desdibujaron y desaparecieron.

Se me aligeró el corazón al salir del atemporal y gris complejo de física al campus, iluminado por la luz de las nueve de la mañana. Debería haber estado cansado, pero